

## VIII

## LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

*El quince de noviembre se cumplieron 20 años de la Fundación de la Universidad de los Andes. La creación de tan importante centro de educación superior nació del fervor y la pasión intelectual de Mario Laserna Pinzón, respaldado por un grupo de colombianos que, en su hora, tuvieron una visión de futuro de lo que significa una auténtica universidad para un país como el nuestro bien escaso por cierto de centros docentes que reúnan las condiciones pedagógicas y académicas para la formación de la juventud universitaria.*

*Modestamente comenzó sus tareas la Universidad. Pero el tesonero esfuerzo de sus Rectores, profesores y alumnos, hizo posible la hermosa realidad que con justo regocijo han celebrado todos los colombianos de buena voluntad. Sucesivamente fueron agregándose a la Universidad innovaciones de gran trascendencia y que abarcan todos los campos del saber humano. La muy brillante y ejemplar nómina de Rectores comprende los nombres de: Roberto Franco, Eduardo Zuleta Angel, Mario Laserna, Alberto Lleras Camargo, Jorge Restrepo Hoyos, Jaime Samper Ortega, Ramón de Zubiría, Reinaldo Muñoz Zambrano y Francisco Pizano de Brigard, quien ejerce hoy con austera voluntad de servicio y méritos propios la Rectoría del Claustro que va tomando así dimensiones de gran docencia universitaria.*

*Nos asociamos a esta justa conmemoración por todo lo que ella representa en el orden de la inteligencia y de servicio docente a las nuevas generaciones colombianas.*



Poesía



**Dos Fragmentos del "Poema Histórico"  
de don Hernando Domínguez Camargo**

Hemos seleccionado del "San Ignacio de Loyola Poema Heroico", algunas octavas. Las primeras, del Canto Sexto, describen la belleza de una dama, amante de un joven Julio a quien Ignacio quiere apartar del mal. Tras la descripción que se hace en las primeras estrofas de la hermosura de la doncella, Ignacio le habla de lo efímero de la belleza corporal, y cómo la muerte acabará con todo ello.

**POEMA HEROICO — Canto Sexto**

... ..  
Ni el oro fuera oro en su cabello,  
ni el nácar fuera nácar en su frente,  
ni en cada hoja de su labio bello  
sueldo el rubí tirara de luciente.  
La nieve le tiznara el blanco cuello,  
la perla le manchara el neto diente,  
su mejilla la rosa oscureciera,  
y a su carne la pluma endureciera.

Si hay Fénix en la Arabia de lo hermoso  
o ella lo cifra, o lo duplica ella;  
si pavón en la América ostentoso,  
todos sus ojos en sus ojos sella;  
si cisne en las espumas endechoso,  
ateza en su candor su pluma bella;  
si lirio entre la nieve ha habido cano,  
negra violeta lo tiñó su mano.

Si un arco ilustra el brazo de Cupido  
habráse en sus dos cejas duplicado;  
y en sus pechos de plata dividido,  
si más de un Potosí se hubiere hallado.  
Si ponto de sirenas dulce ha habido,  
al de su boca estrecho habrá llegado;  
si cuna tiene el sol, urna la estrella,  
será el hoyuelo de su barba bella.

Oficina, la mar, su breve boca  
consagrará del ámbar, cuyo aliento,  
en diente y diente como en roca y roca,  
por adobarse le inculcara el viento;  
pues su fragancia articulada, avoca  
de matutinas aves el acento;  
que en lo que exhala el labio, en lo que dora  
el cabello, la juran por su aurora.

Aquesta bella, pues, si populosa  
metrópoli real de la hermosa  
galera era de Julio cariñosa,  
donde, en cadena dulcemente dura,  
su planta se implicaba licenciosa  
cuando la cuerda de Cupido, impura,  
su espalda hiriendo, al brazo vinculada  
por remos los arpones de su aljaba.

El día a Julio retirado al techo,  
la noche en sus balcones lo hallaba,  
agotando Cupido en pecho y pecho  
su preñada de flechas dura aljaba:  
en las cortinas del ebúrneo lecho,  
sus alas en sus telas desplegaba;  
y sellando un arpón sus labios mudos,  
en los amantes duplicaba nudos.

—“Esa (le dice Ignacio), que a tu vida  
tan alagüeña se le miente aurora,  
en cuya boca toda Tiro anida,  
en cuyos dientes toda el alba mora,  
a un cadáver la advierte definida,  
y verás que el cabello que el sol dora  
y lazo al alma se le aprieta estrecho,  
aborto es de serpientes en tu pecho.

“La que de nácar fué mullido escudo,  
frente gentil, escarnio de la nieve,  
al golpe de la muerte será crudo  
disforme trozo de una corcha leve;  
las cejas, donde amor su arpón agudo  
en duplicados arcos ciego embebe,  
yugo serán rompido, en quien su saña  
por arado vincule su guadaña.

“Esa de rayos estancada pila,  
en quien se baña, en luces inundada,  
una sirena en cada cual pupila,

en dos traviesos ojos duplicada:  
muera, y verás que cada cual distila,  
cisterna de gusanos frecuentada,  
de tragedia fatal, turbios despojos,  
horrores del olfato y de los ojos.

“Ura y otra mejilla, en quien ufana  
vírgen amaneció ilibada rosa,  
desatando el rubor de la mañana  
en la tez suavemente vergonzosa,  
la troncará la muerte; y esa grana,  
esa estrella de púrpura, esa hermosa  
taza de bermellón desvanecida,  
luto será de su caduca vida.

“Esa colmena de carmín luciente,  
de quien eras abeja libadora,  
chupando néctar en el blanco diente  
con quien perlas tal vez perdió la aurora:  
esa, pues, boca de rubí viviente,  
al golpe cederá de cortadora  
guadaña, y será breve monumento  
del cadáver de un lirio macilento.

Aquese hoyuelo de la barba bella,  
que si no fué del alba dulce lecho,  
cuna fue ya de la mejor estrella,  
míralo al golpe de su arpón deshecho:  
túmulo de sí mismo, adonde sella  
el cadáver de un sol lucido estrecho,  
cenizas frías de una humara flora  
y secas flores de una muerta aurora.

“Oh, revuelve la historia de los días  
en el volumen de su sepulcro obscuro,  
las letras lee, que en cenizas frías  
este hueso y aquel escribe impuro:  
en tantas de la muerte librerías,  
los cuerpos de esos huesos, mal seguro,  
estudia, Julio; y en su letra advierte,  
que son abecedarios de la muerte!”

HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO

En este otro fragmento del "Poema Heroico", Ignacio mira el paisaje desde la cueva de Manresa, donde hace penitencia, y es arrebatado, después, al Empíreo: "revelósele el misterio de la Trinidad Sagrada", y otras muchas maravillas de la creación en un rapto que duró ocho días. Se reproduce la primera octava a la cual se ha hecho mención y las CXCIV a CCX, que describen aquella visión celeste, en las cuales, la misma condición abstracta y metafísica, proporciona a Domínguez la ocasión de mostrar su altísima inspiración poética.

Cargada la mejilla de la mano,  
y el pecho sobre el risco, a Dios implora,  
después de siete soles, soberano  
sustento Ignacio; y cuando atento ora,  
al uno vió seguir y otro serrano,  
a la una y otra montaraz pastora,  
que del templo venían reducidos  
a coronar la tarde en los ejidos.

Dorada llave le concede a Ignacio  
del camarín en que la fe se ciega,  
y no prendido en limitado espacio,  
abre el empíreo, cuando al cielo llega;  
y en el que al lince-querubín, palacio  
se niega imperceptible, se le entrega,  
pues le franquea en el altar abiertas,  
de las especies las cerradas puertas.

Esta y aquella nube al sol corrida,  
o roja al vino, o blanca al pan sagrado,  
desata el rayo, a quien su vista mida  
el párpado de Ignacio acicalado;  
y ave Ignacio real, en la lucida  
copa, los resplandores le ha agotado  
a aquel sol que embriaga de luz pura  
a la más perceptiva criatura.

En este Patmos, pues, Dios lo arrebató  
por siete soles, a que viva ausente  
de sus miembros el alma: con él trata

cuanto en los siete fabricó, potente,  
días de la semana. En él retrata  
un cielo nuevo, un orbe floreciente,  
pues vincula un portento a cada día,  
en la que allí le dicta Compañía.

Lejos del cuerpo, hurtado de sí mismo,  
en éxtasis suave, en largo olvido,  
en raptó amable, en dulce paroxismo,  
cómo ració la luz del labio vido  
de Dios, que la derrama en el abismo:  
la luna en leche, el sol recién nacido,  
gemelos admiró mecerse en una  
vuelta, que el cielo les giró su cuna.

La carroza admiró correr del cielo,  
cuyas raudas esferas agitadas,  
cuya cortina azul de terciopelo,  
cuyas ruedas de estrellas tachonadas,  
gira en perpetuo infatigable vuelo,  
sin ruidoso tropel de pías aladas,  
auriga un ángel, que trastorna solo  
la máquina del orbe en polo y polo.

Desgranada la luz en la alta mano,  
sembrar la vió en el campo de zafiro,  
y macollar vió un astro en cada grano  
cuando rompiendo un surco en cada giro,  
(arado corvo el cuerno más lozano  
del naciente esplendor, bien que deliro,  
de la luna) ofreció la vez primera  
al sol esa brillante sementera.

Vió que, discordes tan concordemente,  
tan armoniosos les vincula acentos  
a los cuatro que temple, omnipotente,  
concordes y discordes elementos;  
do, el leve al ponderoso diferente,  
pulsados de su mano los concertos  
tan armónicos laten, tan suaves,  
que los leves se templan a los graves.

Vió que la voz de su suave imperio  
al redil recogió de poca arena  
ese rebaño de olas, donde serio  
con blando muro mucho orgullo enfrena;  
y partiendo a la tierra su hemisferio,  
en grano y grano le erigió una almena  
tan inviolable, que aunque el golfo brame,  
los muros besa, las arenas lame.



Vió que al aliento de la sacra boca  
 el reino de la espuma se dilata;  
 y toma posesión de cada roca  
 cuanto, al mar, ciudadano se desata;  
 y que el cetro temido de la foca,  
 al más crespo delfín el yugo ata;  
 y cuanta escama bruñe el oceano,  
 el imperio obedece de su mano.

Vió que, fecunda, la mullida espuma,  
 o vulva fue sagrada, o dulce nido,  
 de cuanta el aire náda blanda pluma,  
 que el imperio venera esclarecido  
 de aquella parda Clicie, de aquel Numa,  
 que alberga al sol, aún cuando más ardido,  
 en sus ojos que, a fúlgidos ensayos,  
 son la piedra de toque de sus rayos.

De cuatro arados de cristal surcada  
 la tierra vió, cuando le ató coyunda  
 a cuatro fuentes Dios, en la vedada  
 huerta del Paraíso: y la profunda  
 senda que abrieron, rinde cultivada  
 la rubia mies en que su seno inunda;  
 la hermosa flor, que el campo le tributa;  
 la que le suda el árbol, dulce fruta.

El campo vió inundado de animales  
 tratables al cariño de la mano,  
 y en alma paz comunicarse iguales  
 el más humilde con el más lozano,  
 cuando en sus greñas el león reales,  
 monarca se juraba soberano  
 de cuanta piel, o blanda o zahareña,  
 anima el bosque rudo a la ardua peña.

Vió, que vaheada del divino anhelo  
 aquella arcilla se informaba, aquella  
 única criatura a quien el cielo  
 el pie llegó a besar, estrella a estrella:  
 el hombre, emperador de cuanto el suelo,  
 de cuanto el aire y cuanto el agua sella;  
 a quien de su costilla, Dios le esmera,  
 en letargioso sueño, compañera.

HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO

## A un Salto por donde se Despeña el Arrollo del Chillo

Corre arrogante un arroyo  
 por entre peñas y riscos,  
 que, enjaezado de perlas,  
 es un potro cristalino.

Es el pelo de su cuerpo  
 de aljófár, tan claro y limpio,  
 que por cogerle los pelos,  
 le almohazan verdes mirtos.

Cíñele el pecho un preta!  
 de cascabeles tan ricos,  
 que si no son cisnes de oro,  
 son ruiseñores de vidrio.

Bátenle el ijar sudante  
 los acicates de espinos,  
 y es él tan arrebatado,  
 que dá a cada paso brincos.

Dánle sofrenadas peñas  
 para mitigar sus bríos,  
 y es hacer que labre espumas  
 de mil esponjosos grifos.

Estrellas suda de aljófár  
 en que se suda a sí mismo,  
 y atropellando sus olas,  
 dá cristalinos relinchos.

Bufando cogollos de agua,  
 desbocado corre el río,  
 tan colérico, que arroja  
 a los jinetes alisos.

Hacen calle entre el espeso  
 vulgo de árboles vecino,



que irritan más con sus varas  
al caballo a precipicio.

Un corcovo dió soberbio,  
y a estrellarse ciego vino  
en las crestas de un escollo,  
gallo de montes altivo.

Dió con la frente en sus puntas,  
y de ancas en un abismo,  
vertiendo sesos de perlas  
por entre adelfas y pinos.

Escarmiento es de arroyuelos,  
que se alteran fugitivos  
porque así amansan las peñas  
a los potros cristalinos.

HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO



## Tres Poemas de Hernán E. Reyes Peñaranda

### LA SOLEDAD Y UN CUERPO

*Entre tanta quietud, un rostro.  
Infancia, de sabida en los ojos, ignorada.  
Casi que el mar regresa por su ausencia  
y al fin descansa Ulises de los dioses.*

*Entonces, también acá, alta torre,  
vuelvo a decir tu voz y tu mirada;  
puedo contar la soledad y un cuerpo.  
Ahora duerme en luz, imagen escogida.*

*Oh, tú misma, deja que el cielo huya,  
deja que labios en sombra, en nada,  
aprendan lo ávidamente deseado.*

### ALGUIEN

A Alejandro  
Martínez Caballero

"Ripeness is All"  
Shakespeare

*Alguien cae.  
Cuerpo, palabra y nota  
son su hallazgo. Así se eleva. Así.*

*Alguien avanza  
persiguiendo sol o sombra.  
Agua o despejando cielo.*

*Alguien golpea la renuncia.  
Busca plenitud. Lo más puro.  
Armónica claridad. Orillas.*

*Alguien va dando sentido al misterio.  
Y el viento luce su sollozo ambiguo  
en el rostro de encinares nuevos.*



*Alguien, de repente, en el atardecer,  
ve como todo cae hasta la raíz profunda  
de la vida y encuentra hermoso el madurar.*

*Y pájaros silenciosos adelantan el alba.*

## CAMINOS

A Jorge Mario y Cecilia Eastman

*Trazos donde la sombra juega con paciencia  
su sigilosa conquista.*

*Cinturones desatados contra la corriente  
ruinosa de las tempestades.*

*Insomnios del verde.*

*Lenta premonición de aldeas.*

*Sudores minerales que las horas desaguan  
hasta resumir un nombre.*

*Desnudeces del verano más puras y contenidas.*

*Los frutos recién logrados donde la luz se apresura.*

*Celebración de los aromas.*

*Sangre del olvido.*

*Ir y venir de otoño con su túnica de hojas  
y su sonrisa madura.*

*Pájaros que mueren más.*

*Piedras que desde antiguo vivieron.*

*Paisajes, viajeros y viento.*

*Dulce humedad donde la hierba adelanta la luz...*

*Golpes de estrella.*

*Campanarios de silencio.*

*Claros del bosque donde los árboles, narcisos,  
contemplan. —Las mismas nubes nuevas—.*

*Palabras por pronunciar.*

*Arenas doradas donde el cuerpo confunde  
huida y reposo.*

*Hermosos jeroglíficos imposibles de copiar.*

*Cansado cascajo donde los pasos fueron destinados.*

*Limos de infancia. Amigos que seguiré hasta el in-  
finito.*

*Júbilo de ser y aparecer y ascender, como si nada,  
en la total certeza de acabar con el tiempo.*

*Brazos que se extienden mostrando lo perdido.*

HERNAN E. REYES PEÑARANDA



# Historia



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico